



María Rosa Salas Labayen  
Universidad Pontificia  
Comillas  
rsalas@comillas.edu

## Aprender jugando

A lo lejos podemos ver recortada en el horizonte una acacia. Es grande y, en medio de la sabana, da cobijo a una manada de leones que se guarecen bajo su copa del infernal calor africano. Los adultos seestean perezosamente mientras los cachorrillos juegan de forma incansable: corretean, simulan pelearse, cazan pequeños animalillos, se enfadan e, incluso, en alguna ocasión, se hacen daño. Mientras vemos en la televisión esta imagen, podemos oír al narrador explicarnos que esos pequeños cachorros se están preparando, mediante estos jugueteos, para la vida adulta.

Los seres humanos pertenecemos a ese privilegiado grupo de mamíferos que usa el juego para aprender, desarrollar y perfeccionar habilidades que luego necesitará más allá de su infancia. Pero también somos la única especie conocida del género *Homo* que aún existe: el *Homo sapiens*. Y es esa “sapiencia” la que a veces nos juega malas pasadas: hay tanto que aprender, hay tanto que saber, hay tanto que entender, que podemos perder la perspectiva y convertirnos en “embuchadores” de contenidos, de conceptos, de reglas, olvidando que la vida es larga y hay tiempo para todo (“¿Jugar? ¡Para qué!, no perdamos el tiempo, hay mucho que aprender”).

¿Por qué aceptamos sin problemas que las camadas de leoncitos jueguen y entendemos que con ello lo que hacen es prepararse para lo que luego tendrán que hacer de adultos y nos parece que nuestros hijos o alumnos pierden el tiempo en el aula —o en casa— si juegan?

Jugar —a lo que sea— es aprender. Siempre, sin excepciones.

Desde el cú-cú tras en el que el bebé entiende que las personas no desaparecen, aunque no las veamos, hasta los juegos de ordenador, en donde se desarrollan estrategias y se aprende a colaborar y a competir (sí, a competir, también hay que aprender a competir, a aceptar la frustración que implica la derrota y a gestionar la victoria).

**Desde los juegos de comba o de palmas, que nos permiten practicar habilidades motoras, hasta los juegos de construcción que desarrollan el pensamiento creativo y estético y los conceptos de espacialidad. Con todos los juegos aprendemos algo importante.**

Desde los juegos de reglas, en los que se aprende a respetar las normas, hasta los juegos de escape, en los que todos deben colaborar para resolver retos que les permitan salir de una habitación, dando lo mejor de cada uno para el beneficio de todos.

¿Se puede aprender más con menos? Posiblemente no... Ahora solo queda que nos lo creamos como padres y como educadores.

A lo largo de este número, que podríamos denominar como “buenas prácticas en gamificación”, se presentan varias experiencias lúdicas en las cuales los niños, adolescentes y adultos, en distintos contextos y con diferentes objetivos, lo que hacen es, fundamentalmente, jugar. ¡Perdón!..., aprender jugando.

Da a tus alumnos y a tus hijos la oportunidad de “entrar en la manada” y de aprender con múltiples y variadas experiencias de juego, siempre bajo la atenta mirada de padres y profesores. Analiza todo lo que han practicado y verás que mereció la pena. Y, por supuesto, te invitamos, lector, a que dejes atrás tus prejuicios y vuelvas a jugar como el niño que fuiste; verás que es muy divertido y que mereció la pena.